

## Jesús Arellano, paradigma universitario

José Manuel Cuenca Toribio. Córdoba

En muchos países del Occidente contemporáneo su constante evolución hacia formas de vida y progreso económico cada vez más desarrollados se consolidó por la existencia en ellos de un cuerpo de funcionarios de bases históricas y acendrada tradición de entrega a la comunidad. En algunos Estados tal tradición hincaba sus raíces más inmediatas en la llamada nobleza de servicios, en tanto que en la mayor parte de entre ellos el ejemplo y ascendiente de la burocracia napoleónica fueron ampliamente seguidos e imitados como elemento modernizador de unas estructuras administrativas, si no envejecidas, necesitadas de un fuerte impulso de adaptación a las exigencias de un mundo —el occidental— caracterizado en adelante por la abrumadora supremacía del cambio incesable. En la historiografía actual resulta común definir a dichos cuerpos estatales como elites burocráticas e, incluso, políticas; pero al menos en España —y también en varias otras naciones latinas— la denominación empleada más arriba, esto es, la de cuerpo de funcionarios, se ofrece más acorde con su verdadera índole y visualización por la colectividad.

Como bien se sabe, en su dimensión educativa tal cuerpo pertenece en España a su última generación, dada su flamante naturaleza, surgida del afianzamiento del régimen liberal, en la cuarta década del siglo XIX. La planificación estatal y centralista de las enseñanzas media y superior daría lugar, en efecto, al nacimiento de sendos cuerpos de catedráticos de Instituto y Universidad, sobre los que habría de descansar el peso principal de una docencia considerada por los gobiernos y la opinión pública como motor esencial del avance del país. Con todas las sombras y achaques que se quiera apuntar en su haber, lo cierto es que, globalmente, la trayectoria de tal estamento se descubrió pronto

como muy positiva para la construcción de un Estado moderno en el que las tres claves de su convivencia —memoria histórica, legalidad y progreso económico-social— dependían en su casi totalidad de los hombres —*hèlas*, pocas o ningunas mujeres (en España y, aún más, fuera de ella)... — formados en las aulas.

Medio siglo más tarde de la labor renovadora de los moderados, la creación del Ministerio de Instrucción Pública, la importante tarea de los ministros García Alix —conservador— y Romanones —liberal—, así como el asentamiento definitivo de la descollante empresa pedagógica abanderada por la Institución Libre de Enseñanza protagonizaban el salto cualitativo que la incluía, con indudable pero, a la vez, superable rezago, en la órbita de los pueblos a la cabeza del progreso. Pieza fundamental en el citado proceso fue el cuerpo de catedráticos, en el que los fermentos de superación y apertura reducían casi a la marginación los de rutina y conformismo. La literatura más conocida —novelas, recuerdos, evocaciones— difundiría los aspectos más pintorescos y atrabiliarios de la fauna profesoral; pero la bibliografía especializada así como el mismo desarrollo de la nación testimoniaban a favor de unos estamentos notoriamente responsabilizados con sus funciones específicas.

Como en otras múltiples facetas de la existencia española, los años 20 y, muy particularmente, la Dictadura de Primo de Rivera contemplaron una espectacular transformación del paisaje educativo, con unos Institutos convertidos en eje vital de numerosas capitales de provincia y poblaciones de gran tamaño, con un *Alma Mater* de nivel “europeo” en numerosas de sus ramas. El régimen del 14 de abril, la “República de los profesores”, drenó, conforme es hartamente sabido, gran porción de sus afanes en la promoción docente de los estratos populares y en la excelencia universitaria, sin olvidar tampoco la mejora de la Enseñanza Media, parte de cuyos cuadros se erigió en columna política y cultural del Sistema. Con un acompañamiento propagandístico inédito y efectista, sus objetivos y logros en la materia figuraron como cifra y enseñanza de los valores más preciados del régimen. La tragedia de 1936, con su excruciante cortejo de asesinatos, exilios y depura-

ciones, afectó hondamente a todos los segmentos del profesorado, sin excepción alguna. La asombrosa vitalidad del país se sobrepuso, no obstante, a varias de las secuelas más dolorosas del cainita conflicto, y al término de la segunda contienda mundial, la Universidad española, favorecida con la aportación a gran escala de savia juvenil, volvió a colocarse en prometedora expectativa de destino. Singularmente trascendente en el campo de las Humanidades fue la hornada del bienio 1947-8 —Jaime Vicens Vives, Manuel Fernández-Galiano, Luis Díez del Corral, Rafael Lapesa, Palacio Atard, Mariano Aguilar Navarro, Antonio María Badía Margarit, Manuel Alvar, Manuel Fraga Iribarne, Enrique Tierno Galván, entre otros nombres...—, de la que un cierto número de sus componentes se aglutinó en la llamada “generación de 1948”, en recuerdo nostálgico a la vez que estimulador de la cosmovisión española venida a tierra con la derrota de las armas imperiales y el cambio de ejes en el dominio de Europa, esto es, entonces del orbe entero... Sus líderes, no exclusiva pero si mayoritariamente jóvenes catedráticos de Instituto y, sobre todo, de Universidad, alzaron en el vacío panorama político-social de la época una nueva bandera nutrida por el ideario del humanismo cristiano y englobadora de un planteamiento neoconservador, en el que la restauración de una Monarquía “social, cristiana y representativa” constituía la meta última de su programa.

El, a partir de diciembre de 1946, muy joven catedrático de Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos de la Universidad Literaria de Sevilla, el navarro Jesús Arellano Catalán, no formaba parte del núcleo dirigente de lo que habría de calificarse en los comienzos de los años 50 “tercera fuerza” de un régimen comenzado a metamorfosearse desde el Referéndum de julio de 1947 de dictatorial en autoritario, pero desde la periferia participaba con la torsión total de un ideario impregnado en todas sus capas por el espíritu de un catolicismo militante. Muy reservado en su actuación diaria en cuanto a profesiones públicas de monarquismo o a políticas concretas españolas, se solidarizaba *ad integrum* con las propuestas más teóricas y referidas al plano histórico y doctrinal.

Tiempo adelante, en los días en que los aires de la recuperada democracia reverdecieron un género muy hibernado durante la dictadura —el de las controversias y polémicas ideológico-políticas—, un muy cualificado representante de la intelectualidad en el poder y propenso a engolfarse, como expendedor de legitimidades y ortodoxias, en empresas de tal índole, acusaría al Prof. Arellano de cruzado de la causa del integrista fundamentalista en la Sevilla del fastigio del nacional-catolicismo. Excesos de una brillante pluma, inembridada en ocasiones y siempre ocasionada a la exhibición y uso de las más abundantes y percutientes armas de la retórica ensayística. Nunca hasta 1965, es decir, hasta el ecuador de su biografía universitaria hispalense, “Don Jesús”, según el cariñoso tratamiento de discípulos y allegados, consagró una parte mínima de sus energías y tasado tiempo al tratamiento de cuestiones políticas ni, en la cátedra, tampoco a las religiosas *stricto sensu* (y es probable que tras la “década prodigiosa”, por él vivida con especial fruición, tampoco; aunque de ello un aprendiz de historiador como el firmante que, por encima de Platón e, incluso, llegado el caso, de Aristóteles, no desea en manera alguna despegarse de los hechos, no puede testarlo ya de forma rotunda). En años en que no era muy del uso común la voz ciudadano, por palabras y escritos el catedrático navarro proclamó a los cuatro vientos de la pacata Sevilla de la época que su ideal humano más arraigado era el ser un ciudadano responsable de sus obligaciones y derechos; y a ello procuró acomodar toda su andadura, según el testimonio de discípulos y colaboradores de sus últimos años, menos en sintonía generacional con el maestro que, obvio es, los de *longue date*.

Pues, en efecto, Jesús Arellano, sin choque ni desgarrro alguno de su honda vocación cristiana en las filas del *Opus Dei*, no escatimó esfuerzos para hacer suyos, casi somatizándolos, los ideales de la *paideia* griega, con los que se sintió gozosamente identificado desde la mocedad. Confluían en ese talante su inclinación juvenil por los clásicos grecolatinos —grande al par que significativa apuesta apenas traspasada la niñez, aunque fenómeno no muy insólito en su tiempo— y

su entusiasmo por Platón y la filosofía alemana más cercana a la griega y a la cultura en que se incardinara. Desde este punto de vista, Martin Heidegger, usufructuador de la literatura e historia de la antigua Hélade en grado en verdad envidiable, habría de serle muy pronto familiar, bien que, en puridad, el articulista no tiene fehcencia de ello en grado asaz evidente. Sí, por el contrario, de su rendida admiración por el autor de *Las Leyes*, deslumbramiento en el que la sensibilidad estética y dominio verbal y expresivo del filósofo de la Academia jugaron a buen seguro un papel de primer orden. Hoy, en el que los temas relacionados con el lenguaje gozan del mayor predicamento y audiencia en las vanguardias de la investigación en diversas disciplinas sociales —y en segundo plano en la misma historiografía histórica—, la preocupación por ellos del lado del profesor sevillano en los decenios centrales de la centuria pasada atestigua, junto a la porosidad de sus antenas intelectuales, su visión de un futuro ahincado en el *humus* de la filosofía griega. Para muchos de sus colegas y críticos a la moda del día, el pensador navarro fue un encendido difusor de la Filosofía perenne y del escolasticismo más o menos rancio, conforme al ardor de sus opositores. Su tomismo, empero, en forma alguna rendía parias a su versión más acartonada y estereotipada vigente a la sazón en los círculos oficiales, ubicándose su valoración y hasta simpatía con el Aquinatense en su inteligente lectura de Aristóteles, en su asombrosa capacidad mental y sus muchos destellos de apertura y modernidad. Pues fue, ciertamente, ésta la que, en su tajo, acaparó la mayor parte de su constante estudio. Pensadores tan emblemáticos de la contemporaneidad como Hegel y Heidegger constituyeron alimento asiduo de su reflexión filosófica, con catas en su denso y complejo universo rebosantes de enjundia y penetración.

Mas, naturalmente, no son estos los espacios más propicios para desenrollar los recuerdos de un alumno de “Comunes” que, tras un bienio de enriquecerse con el magisterio del Prof. Arellano, eligió una opción intelectual y profesional muy alejada hodierno —y, más en su caso— de la fuente nutricia por antonomasia del saber. En su evocación de más de medio siglo de distancia de don Jesús es

la de un docente inigualable, en el que el conocimiento acribioso de su menester específico se aliaba con una vasta y bien implementada cultura, expuesta, según el consejo paulino, con sobriedad, pero de forma impactante por su *atrezzo* estético y hondura anímica. Para la inmensa mayoría del vocacionado alumnado de la época, sus clases eran esperadas con ansia y, a su conclusión, la tensión arterial y la *cupido veritatis* habíanse elevado en buen número de sus integrantes. Todos experimentaban que se hallaban en presencia de un intelectual pura sangre, comprometido *a radice* pero sin alharacas con las mejores causas del oficio y aun de la misma humanidad. Incluso a sus críticos, sus enseñanzas no los dejaba indiferente. Al correr del tiempo, en el cruce del siglo XX al XXI, uno de los más hispídos entre ellos, en unas memorias tan prematuras como insustanciales pese al trémolo de su escritura, en requisitoria “antiarellanista”, no lograba ocultar por entero el fondo admirativo de la que emergía.

Para el exacto encuadramiento de su socrático magisterio —el mejor, probablemente, de todos: *fides, ex auditu...*— habrá de tenerse en cuenta que en la Facultad de Letras de la Sevilla de mediados del novecientos esplendían igualmente los desplegados por catedráticos tan insignes como don Antonio Blanco Freijeiro, don Agustín García Calvo o don Juan de Mata Carriazo, que rivalizaban, en el rigor y atractivo de sus clases, frente a un auditorio deslumbrado y con un *esprit* de exigencia a tono con su edad e ilimitada entrega a su vocación. Todos ellos y muchos más en los claustros de las 12 Universidades existentes entre 1922-68, formaban parte sustantiva del, en términos de conjunto, notable plantel de catedráticos de la España de la posguerra. Sin su contribución a la forja de unos cuadros competentes e imbuidos de una idea casi mesiánica de su labor, sería difícil imaginar el asombroso despegue del país hacia cotas de permanente superación en todas las áreas hasta la superación del trauma de la guerra y la incorporación plenificante a una Europa muy necesitada del retorno español.

Pasados los años, concluida la carrera del emborrador de estos renglones, tuvo la gran suerte de colaborar en una de las empresas científicas del Profesor

Arellano (entonces, en tiempos de jerarquía académica y social, jamás ni a él ni a ninguno de sus colegas se le denominaba así, salvo en la Universidad de Barcelona, donde el don era sustituido por el Dr., quizá sabiamente por su total exclusión de extemporáneos y ridículos igualitarismos...). El empeño de la Revista “Documentación Crítica Iberoamericana de Filosofía y Ciencias afines” (1964-66) por él rectorada radicaba nada más y nada menos que en dar cuenta y razón de algunos de los títulos más sobresalientes aparecidos en lengua española en la temática que comenzaba a conocerse como ciencias sociales. En la época — década de los sesenta— todavía era relativamente agible satisfacer la gran ambición de la aventura, ya que, entre otras cosas, el mar bibliográfico no había alcanzado la dimensión oceánica de días posteriores. Los envites de la tarea se resolvieron en muy ancha medida por el titánico —el adjetivo se emplea sin ningún aditamento retórico o bombástico— esfuerzo del director, asistido por la colaboración también infatigable de su discípulo más cercano y leal, José María Prieto Soler, en los antípodas caracterológicos de su maestro y, a la vez, en la proximidad ideológica e institucional más estrecha. En la vuelta del género al primer plano de la actualidad y antes de su definitiva decadencia poco años más tarde como insustituible pieza de una vida intelectual roborante y atenta sólo a sus intereses, la revista se erigió, por títulos propios, en eslabón refulgente de la cadena en la que se engastaba. A las veces, la firma de don Jesús enriqueció sus páginas, con reseñas y comentarios bibliográficos que hacían las delicias incluso de los profanos *in re* filosófica. Los escritos del piloto y galeote de la publicación eran de sólito un festín del espíritu por su acuidad y creatividad en un género no muy favorable a esta última cualidad. Entre las brumas de la memoria, recuerda el que suscribe una glosa en verdad memorable del libro “*Sobre la esencia*”, de Xavier Zubiri, en el fastigio a la fecha de su fama y ascendiente: “La idea del orden trascendental”. Documentación..., 1 (1964), pp. 29-83. Todo lo que demandaría de una crítica bibliográfica el más encanecido aristarco se encuentra en el trabajo mencionado, justificando por sí mismo tanto una trayectoria perso-

nal como la existencia de una palestra en la que se alumbraban estudios de tal proyección científica. Como *Clavileño*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Alferez*, *Destino* y una extensa lista de cabeceras de alto coturno y, en los sesenta, la reaparecida *Revista de Occidente*, la flamante *Atlántida* o la belicosa *Cuadernos para el Diálogo*, acreditan en sus enjundiosos índices una actividad cultural muy alertada, vehiculada, además, por una prosa además todavía en el surco de la cervantina. El páramo de la dictadura no estuvo, desde luego, en estos pagos.

El universo de una inteligencia creadora es de muy difícil exploración; y en el ámbito de la creación literaria, en los mecanismos que provocan y canalizan el hecho de escribir con alguna tensión estilística, lo es, si cabe, aun más. ¿Quién afirmaría, por ejemplo, que las muy espaciadas apariciones en público de la pluma de Jesús Arellano no respondieran en algunos de sus motivos a incrementar el estímulo en sus acezantes lectores por degustar sus frutos? Hipótesis por ahora inverificable pero no gratuita ni descartable para todo el amistado con las musas y sus enigmáticos dominios, lo único, empero, que cabe constatar es que su producción impresa fue escasa. A la espera de que su extensa obra inédita vea la luz —cometido imperioso de sus discípulos de segunda y tercera generación— sólo podemos lamentar su infrecuente comercio con las imprentas. Tan poco orteguiano en casi todo, se atuvo, sin embargo, al ruego encarecido del gran pensador madrileño de no dilatar el diluvio de letra impresa —¡en los felices veinte!— con títulos zocatos o cedizos. Por supuesto, que en su caso distaba mucho de ser así y las páginas por él rubricadas rezuman a menudo originalidad y fuerza ya que no siempre tersura. Es innegable que una honda vivencia de la responsabilidad del intelectual representó papel importante en dicho estiaje así como, también con frecuencia, su fragilizado estado de salud, por su agotador trabajo, vida sedentaria y ahincada inclinación por el tabaco.

Precisamente a causa de la queja de tal agrafía en el retrato que le consagrara el autor de las presentes líneas en el más querido de sus libros —*Semblanzas andaluzas*, en la Colección Austral, de Espasa-Calpe— surgiría la única sombra

alzada en su relación con el gran *scholar* al que este volumen se dedica. En dicha obra, sin duda por torpeza de su redactor, la alusión a su recatado trato con las prensas podía identificarse con una velada censura a la visión o planteamiento del catedrático navarro del oficio de intelectual. No había tal. El canon de Atenea es indeficientemente el de la calidad, que puede manifestarse en porciones homeopáticas o ir acompañada del complemento, *per se* nada dañino, de la cantidad. La historia de la literatura lo prueba hasta el hartazgo.

Mas tan triviales consideraciones y nimias peripecias personales en manera alguna pueden desdibujar el perfil de una personalidad universitaria de primer rango en dedicación, idealismo y fecundidad de un magisterio ejercido a lo largo de la dictadura y la democracia con igual intensidad y proyección. El más pulcro modelo de la Universidad española de corte napoleónico y humboldtiano, vigente durante más de un siglo y hoy en curso acelerado de extinción, tuvo sin duda en él un arquetipo alquitarado, con gran provecho para el país y los miles de alumnos que en sus enseñanzas encontraron luz, autenticidad y belleza.